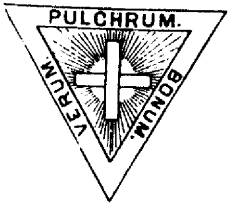
Poemas Rústicos

POEMAS RÚSTICOS

DE

MANUEL JOSÉ OTHÓN

1890 - 1902



MEJICO
AGUILAR VERA Y COMP., EDITORES
MDCCCCII

Tirada especial en papel "Japón."

Ejemplar núm. 49

Propiedad del autor y derechos reservados.

J. RVELAS
- 902 -

A LA

CIUDAD DE GUADALAJARA

Et me fecere poetam Pierides; sunt et mihi carmina; me quoque dicunt vatem pastores: sed non ego credulus illis. Nam neque adhuc Varo videor nec dicere Cinna digna, sed argutos inter strepere anser olores.

Virgilio. Egloga IX.

ÍNDICE

	Págs.
Al lector	I
Invocación	13
I.—Surgite!	15
II.—Sonetos paganos	19
III.—Voz interna	23
IV.—Crepúsculos	25
V.—Paisajes	29
VI.—Lobreguez	33
VII.—Ocaso	37
VIII.—Nostálgica	39
IX.—A Clearco Meonio	43
X.—Himno de los bosques	47
XI.—Angelus Domini	59
XII.—Frons in mare	65
XIII.—La canción del Otoño	67
XIV.—Canto nupcial	71
XV.—A través de la lluvia	75
XVI.—Noche rústica de Walpurgis	81
XVII.—In terra pax	103
XVIII.—Poema de vida	109
XIX.—Psalmo del fuego	119
XX.—Procul negotiis	125
XXI.—Pastoral	129
XXII.—Frondas y glebas	143
XXIII.—Las montañas épicas	145
XXIV.—Rosa Mystica!	149

AL LECTOR

REO que todo el que se consagra seriamente á una labor intelectual, llegada la ocasión está obligado á presentar al público su obra, para que la aproveche, si digna es de aprovecharse, ó para que la desdeñe, si debe ser despreciada por insuficiente y baladí. Fiel á mis principios, juzgo que es ya tiempo de cumplir este deber, puesto que he traspasado, con mucho, la "mitad del camino de la vida." Abordo, pues, la tarea, y doy comienzo con el primero de los cuatro volúmenes de que consta mi obra lírica; que si Dios me concede calma y espacio, continuaré publicando la série de mis trabajos de otro género.

Desde mi adolescencia compongo versos; pero hace más de veinte años he sacudido, ó al menos, he procurado sacudir todo ajeno influjo. La Musa no ha de ser un espíritu extraño que venga del exterior á impresionarnos; sino que ha de brotar de nosotros mismos para que, al sentirla en nues-

tra presencia, en contacto con la Naturaleza, deslumbradora, enamorada y acariciante, podamos exclamar en el deliquio sagrado de la admiración y del éxtasis, lo que el padre del género humano ante su divina y eterna desposada: "Os ex ossibus meis et caro de carne mea!"

Por otra parte, el artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto; nada sentido ó pensado á través de ajenos temperamentos, pues si tal hacemos ya no será nuestro espíritu quien hable y mentimos á los demás, engañándonos á nosotros mismos.

Pero no basta con esto. Es necesario considerar en el Arte lo que es en sí: no sólo una cosa grave y seria, sino profundamente religiosa, porque el Arte es religión, en cuanto Belleza y en cuanto Verdad, y uno de los vínculos, acaso el más fuerte, que nos liga con la eterna Verdad y con la Belleza Infinita; porque, en suma, el Arte es Amor, amor á las cosas que están dentro y fuera de nosotros.

Por esta causa paréceme que el ideal estético de todas las épocas, y especialmente de la actual, es: que el Arte ha sido y debe ser impopular, inaccesible al vulgo. Cuanto más se ha extendido ó se extienda su culto, será porque el vulgo ha ido ó irá ascendiendo, abandonando, por lo mismo, su naturaleza; mas no porque el arte baje, pues es imposible que pierda su substantividad. Esto no quiere decir que el artista deba producir sólo para los iniciados en las fórmulas técnicas del procedimiento: se debe componer, pintar, esculpir para todos los espíritus finos y ya *sensibilizados* que forman una buena porción de inteligencias educadas, de almas accesibles y apercibidas á recibir y retener la impresión estética. Y en los momentos presentes esas inteligencias, esas almas no son tan raras como se cree, pues abundan, casi puede decirse, sobre todo en los grandes centros de civilización donde la vi-

da moderna ha hiperestesiado los nervios y los espíritus. Fuera de allí es preferible que nadie (hablo del vulgo, del *vulgo vestido*, entiéndase bien), absolutamente nadie comprenda á los artistas á tener la irreparable desgracia de saber que una estrofa, una melodía, un cuadro ó un bloque nuestros, están en los labios, en los oídos, en la memoria, en la oficina ó en el *boudoir* de damas frívolas, de letrados indoctos, de escritores ignaros y de jóvenes sentimentales, susceptibles de conmoverse hasta las lágrimas, ante las insipientes manifestaciones de un arte espurio.

Estos son mis principios y esta mi teoría estética que he creído deber apuntar de paso y en compendio, porque tal vez servirá de disculpa á lo exiguo, débil y deficiente de mi labor; pues tengo que agregar á lo ya dicho, que el Arte no puede, no debe ser tomado como pasatiempo, ocio ó distracción; sino que hay que consagrar á él todas las energías del corazón, del cerebro y de la vida. Y esto, desgraciadamente, no ha podido ser para mí, por más que la voluntad y la inclinación hayan sobrepujado, á las veces, el límite de mis aptitudes y rompido, casi siempre, la argolla de hierro de mis necesidades. Sólo, sí, diré que todos los cantos que publico y que publicaré, los he sentido, pensado y vivido muy intensamente y han brotado de las hondonadas más profundas de mi espíritu. Si la forma no corresponde á la pasión, será porque mi molde es muy estrecho y es muy frágil, y ha estallado cuando quise vaciar en él mis sensaciones.

Consagro este primer volumen de mis obras líricas á la capital del Estado de Jalisco, porque en ella están vinculadas las más hondas afecciones de mi alma, pues de sus hijos he

recibido, hasta hoy, los pocos bienes y las únicas grandes satisfacciones que han alegrado mis días.

Cuando se publicaron en revistas y periódicos los poemas de esta colección, aparecieron todos dedicados á mis amigos más queridos. Hoy suprimo las dedicatorias en el libro, pero no los nombres en mi corazón y en mis recuerdos. Dejo solamente aquellas, necesarias para la inteligencia del poema, que son como parte integrante de su materia y de su forma.

Y con esto acabo, encomendándome á la gracia del lector, que, si la de Dios no me falta, he de dar fin y remate á la tarea que me impongo, si no para mayor gloria del Arte, sí para perpetuo descanso de mi ánima.

M. J. O.

INVOCACIÓN

No apartes, adorada Musa mía,
tu divino consuelo y tus favores
del alma que, nutrida en los dolores,
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día
primero de mis jóvenes amores
y tu falda blanquísima con flores
modestas y olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente
en horas de entusiasmo ó de tristeza,
que resuene en tu canto inmensamente

tu amor á Dios, tu culto á la Belleza,
alma del Arte, y tu pasión ardiente
á la madre inmortal Naturaleza!

I

SURGITE!

I

Blanco el cielo. Montañas obscuras
se destacan en fondo gris perla.
Sobre el pico más alto ha prendido
su penacho de luz una estrella.
Un alfange de plata la luna,
recortando las nubes, semeja
y un lucero, muy pálido y triste,
desde el negro perfil de la sierra,
somnoliento, su blanca mirada
arrojando, al morir, parpadea;
á la vez que otros astros se ocultan
en el seno de la húmeda niebla.

II

Los nocturnos ruidos se apagan
y se apagan también las estrellas.
Por el Este sus franjas de oro,
de la aurora gentil mensajeras,
tiende el sol que en su lecho de nubes,
como un rey oriental se espereza.
Y las sombras, buscando refugio,
de Occidente en los mares navegan
y el espacio atraviesan veloces,
tripulando sus góndolas negras.
Sólo Venus esplende, vibrando
su mirada imperiosa de reina.

III

En la tierra las cosas presienten
un instante solemne, y esperan.
Surte el agua, las fuentes palpitan,
se estremece la obscura arboleda
y entre el hondo temblor de las frondas
laten almas que cantan y vuelan.
Son alados espíritus: brotan
del ramaje; las hojas despliegan
el sutil pabellón de esmeraldas. . .
Todo es vida y calor, todo tiembla
cuando el sol, rosa inmensa de fuego,
su lumínico polen dispersa.

IV

A lo lejos se siente el estruendo
del trabajo y la lucha que llegan.
El reposo es momento que pasa;
perdurable tan sólo es la brega.
¡Hombre, sús! abandona tu lecho
que la vida te llama y espera.
Ya en tu seno las vísceras laten;
ya en tus sienes la sangre golpea.
¡La montaña calcárea, á tus huesos;
sus entrañas de hierro, á tus venas,
y á tu espíritu ardiente los rayos
en que inunda tu Dios las esferas!

II

SONETOS PAGANOS

I

PULCHERRIMA DEA

Del mar de Chipre en la rosada orilla,
blonda, á través de transparente bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Citeres la virgen sin mancilla.

Es blanca la color de su mejilla
como del cisne de Estrimón la pluma,
viste el fulgor de la Belleza suma
y de las Gracias la expresión sencilla.

Extático el Olimpo adora en ella
y se siente feliz. De polo á polo
un himno Pan enamorado entona.

Toca en la playa la gentil doncella,
y á su palacio de marfil Apolo
la lleva y ciñe con triunfal corona.

II

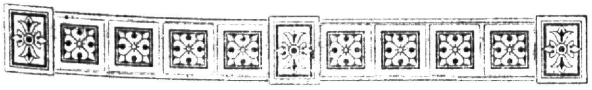
Á UN TRADUCTOR DE HORACIO

Ya de Gliceris la mirada ardiente,
de las blondas pestañas bajo el manto,
hizo latir tu corazón, y en tanto
probaste el agua en la Castalia fuente.

Viste bañarse en la húmida corriente
faunos y ninfas con divino encanto
y en el triclinio resonó tu canto,
coronada de pámpanos tu frente.

Al acre jugo de las vides nuevas
en ánfora pagana mezcla ahora
sangre de Pan y leche de Afrodita.

Verás qué versos en el canto elevas,
pues ya en tu flauta rústica y sonora
la divina *Alma Genitrix* palpita.



III

VOZ INTERNA

En las noches tediosas y sombrías
buscan su nido en mi cerebro enfermo,
plegando el ala ensangrentada y rota,
mis antiguos recuerdos.
No vienen como alegres golondrinas
de la rústica iglesia á los aleros,
trayendo de la rubia Primavera
las blandas brisas y los tibios besos.
Vienen, como los pájaros nocturnos,
á acurrucarse huraños y siniestros
de la musgosa tapia en las ruinas
ó de la vieja torre entre los huecos.

¡Que vengan en buena hora, que no tarden!
¿Por qué no se apresuran? ¡Los espero! . . .
¡Hace ya tantos años que dormito!
¡Hace ya tanto tiempo!
El negro muro del hendido claustro,
aunque roto y abierto,
aun se mantiene en pie, y en las ojivas
del campanario viejo,
si no hay esquilas que á la misa llamen
al asomar el matinal lucero
ó anuncien la oración al campesino
y la hora del regreso
á las muchachas de la azul cisterna,
al pastor y al vaquero;
si ya no hay campanitas que repiquen
del santo titular en los festejos,
hay oquedades hondas y sombrías
que abrigarán en sus obscuros senos
á las lechuzas pardas y siniestras
y á los pájaros negros. . . .

IV

CREPÚSCULOS

I

Rubia la aurora luce en el Oriente
sus galas más espléndidas de fiesta,
que amorosa y rendida ya se apresta
del esposo á besar la roja frente.

Para verle asomar alza su ingente
tajada cumbre la montaña enhiesta;
prepárale su incienso la floresta,
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía
en corolas y muérdagos. Los vientos
tañen las ramas de la selva umbría.

Y alza á su Dios en rítmicos acentos,
como grata oración del nuevo día,
himnos la tierra,... ¡el hombre pensamientos!

II

Tramonta el sol. Esmalta la colina
de su postrera luz con el escaso
fulgor, que va envolviendo en el Ocaso
con su túnica blanca la neblina.

Desbarátase la húmeda calina
en la llana extensión del campo raso,
y ya por el Oriente, paso á paso,
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta
sobre los olmos del undoso río;
el hato á los apriscos se adelanta.

flota el humo en el pardo caserío,
y mi espíritu al cielo se levanta
hasta perderse en Ti.... ¡Gracias, Dios mío!

V

PAISAJES

I

MERIDIES

Rojo, desde el cenit, el sol caldea.
La torcaz cuenta al río sus congojas,
medio escondida entre las mustias hojas
que el viento apenas susurrando orea.

La milpa, ya en sazón, amarillea,
de espigas rebosante y de panojas,
y reverberan las techumbres rojas
en las vecinas casas de la aldea.

No se oye estremecerse el cocotero
ni en la ribera sollozar los sauces;
solos están la vega y el otero,

desierto el robledal, secos los cauces
y, tendido á la orilla de un estero,
abre el lagarto sus enormes fauces.

II

NOCTIFER

Todo es cantos, suspiros y rumores.
Agítanse los vientos tropicales
zumbando entre los verdes carrizales,
gárrulos y traviesos en las flores.

Bala el ganado, silban los pastores,
las vacas van mugiendo á los corrales,
canta la codorniz en los maizales
y grita el guacamayo en los alcores.

El día va á morir; la tarde avanza.
Súbito llama á la oración la esquila
de la ruinosa ermita, en lontananza.

Y Venus, melancólica y tranquila,
desde el perfil del horizonte lanza
la luz primera de su azul pupila.

VI

LOBREGUEZ

Bajo un cielo plomizo y ventoso,
por aristas de piedra cortado,
el paisaje monótono duerme
en profundo y solemne letargo.
Todo es gris: la silueta del monte,
el inmóvil y frío remanso
que refleja en sus ondas obscuras
un girón sepulcral del espacio;
los barbechos de glebas grietadas
donde yace el rastrojo hacinado,
olvidadas están las coyundas
y descansan los rotos arados;
los corrales de piso fangoso
que han hollado pezuñas y cascos.

sobre el cual, por el aire impelidos,
flotan acres y fétidos vahos;
el humilde jacal del labriego,
mal envuelto en los grises andrajos
que el aliento de Otoño arrebata
del humoso fogón solitario;
el derruido y vetusto convento
de sillares musgosos y pardos,
otro tiempo de monjes refugio
y hoy albergue de espectros y cárabos;
hasta el río de gárrulas ondas
y cristales bullentes y claros,
so las húmedas nieblas, yacente
hoy está, moribundo y helado.

Ya lobrece. Las sombras nocturnas,
como espesa humareda, borrando
van el triste confín de Occidente
con un negro y furioso brochazo.
Zumba el Bóreas; los vientos aúllan
remolinos de polvo aventando
y barriendo las nubes que corren
en tropel tumultuoso y fantástico.
La hojarasca crepita dispersa
por las calles tortuosas del rancho,
do se ve agonizar un destello
tras los viejos postigos cerrados.
Y se escucha, á la vez, el chasquido
de las ramas crujiendo en el árbol
y el pesado caer de las gotas

en las áridas sendas del campo.
Las tinieblas se cuajan. El cielo
doloroso, en un círculo trágico
va ciñendo del torvo paisaje
los perfiles y el hórrido espacio.

El relámpago azul fosforesce
una cárdena herida trazando
en la lóbrega nube, que se abre
al sentir el feroz latigazo;
y en las sombras que envuelven y ciñen
valle y bosques, montañas y llanos,
va á clavar, á intervalos, furente
sus sangrientos puñales el rayo.
Todo es negro: la noche profunda
va extendiendo sus alas de cárabo
y el terror culebrea en los nervios,
el cabello y la piel erizando.
A lo lejos, al fin de la senda
que se incrusta en los duros peñascos,
donde empieza á afilar la montaña
sus aristas de pórfido y cuarzo,
empotradas en la áspera roca
y asomándose al hondo barranco,
sus ruinosas paredes levanta
el humilde rural camposanto.

En la lúgubre noche, las hienas,
espantoso festín husmeando,
el silencio de muerte profanan

con aullido espasmódico y largo.
A través de los rotos sepulcros,
en la lívida faz de los cráneos
¡con qué horror, con qué horror aparece
terrorífica mueca de espanto!
Tal vez sienten la garra acercarse,
y allí están, impotentes y trágicos. . .
¡Y del mundo, y del cielo, y del alma
olvidados, oh, Dios, olvidados!

VII

OCASO

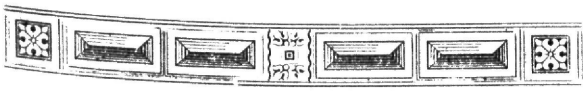
A UN PINTOR

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:
un lago obscuro, ráfagas marinas
empapadas en tintas cremesinas
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje
al soplo de las auras vespertinas
y manchadas de verde las colinas
y de amarillo el fondo del boscaje;

un peñasco de líquenes cubierto;
una faja de tierra iluminada
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,
una vela á lo lejos, anegada
en la divina calma del ocaso.



VIII

NOSTÁLGICA

« O! ubi campi? »

En estos días tristes y nublados
en que pesa la niebla sobre mi alma
cual una losa sepulcral, ¡ay! cómo
mis ojos se dilatan
tras esos limitados horizontes
que cierran las montañas,
queriendo penetrar otros espacios,
cual en un mar sin límites ni playas.
¡Pobre pájaro muerto por el frío!
¿para qué abandonaste tus campañas,
tu cielo azul, tus fértiles praderas
y viniste á morir entre la escarcha?. . .

¡Oh, mi naturaleza azul y verde!
¿dónde están tus profundas lontananzas
en que otros días engolfé mi vista,
anhelante de sombras y de ráfagas?
¿Dónde están tus arroyos bullidores,
tus negras y espantosas hondonadas
que poblaron mi espíritu de ensueños
ó á los hondos abismos lo arrojaban? . . .

He de morir. Mas ¡ay! que no mi vida
se apague entre estas brumas. La tenaza
del odio, de la envidia el corvo diente
y el venenoso aliento de las almas
por la corte oprimidas, aquí sólo
podránme dar, al fin de la jornada,
la desesperación más que la muerte,
¡y yo quiero la muerte triste y pálida!

Y allá en tus verdes bosques, madre mía,
bajo tu cielo azul, madre adorada,
podré morir al golpe de un peñasco
descuajado de la áspera montaña;
ó derrumbarme desde la alta cima,
donde crecen los pinos, y las águilas
viendo de frente al sol labran el nido
y el corvo pico entre las grietas clavan,
hasta el fondo terrible de un barranco
donde me arrastren con furor tus aguas.
Quiero morir allá: que me triture
el cráneo un golpe de tus fuertes ramas

que, por el ronco viento retorcidas,
formen, al distenderse, ruda maza;
ó bien, quiero sentir sobre mi pecho
de tus fieras los dientes y las garras,
madre naturaleza de los campos,
de cielo azul y espléndidas montañas.

Y si quieres que muera poco á poco,
tienes pantanos de aguas estancadas. . .
¡Infíltrame en las venas el mortífero
hálito pestilente de tus aguas!

IX

A CLEARCO MEONIO

I

LA SELVA

Hay en mi seno voces interiores,
jamás por los mortales escuchadas,
que oyéronlas tan sólo, á las vegadas,
los dioses convertidos en pastores.

Al ritmo de mis plácidos rumores
cruzaban por mis sendas, nunca holladas,
y les seguían faunos y dryadas,
ciñéndoles de lauro, y mirto, y flores.

Su flauta el viejo Pan dejó escondida
donde habitan mis genios tutelares,
que es del misterio y del amor manida.

Mas robada me fué, y hoy sus cantares
se desbordan en hálitos de vida,
resonando por montes y por mares.

II

LA MUSA

Yo la flauta de Pan en la espesura
de la selva encontré. Donéla al griego
cantor de Dafnis que, al ferviente ruego
de Virgilio, cedióla con premura.

La heredó Garcilaso y de su obscura
mansión Cheniér la arrebató; mas luego,
tinta en sangre, fué á hundirse en el sosiego
perdurable de horrenda sepultura.

¿Cómo pudiste tú, con fe serena,
arrancarla de allí?... Mas fuera agravio
hoy el almo trinar de Filomena.

Castiga al mundo decadente y sabio.
¡Anda, pastor! devuélveme la avena,
melificada por tu dulce labio.

III

LOS POETAS

¡Oh, Diosa, á quien rendidos adoramos,
Erato: mira que Natura encubre
la azul mirada y hálito insalubre
el aire emponzoñó que respiramos!

Ya la miel de las vides no gustamos,
"que en pos llevó los pámpanos Octubre..."
¡Qué estrépito el del cielo que nos cubre!
¡Qué amargor el del mar en que bogamos!

El índico pastor con sus tañidos
nuestro organismo quebrantado ensalma
y trueca en oración nuestros gemidos.

¡Ay! déjanos llevar, en triste calma,
una gota de miel en los oídos,
una gota de miel dentro del alma...

X

HIMNO DE LOS BOSQUES

I

En este sosegado apartamiento,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
á la honda sima, con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de los antros brota.

¡Del gigante salterio en cada nota
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
se pierden de la noche los rumores;
los mochuelos ocúltanse medrosos
en las ruinas, y exhalan los alcores
sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
la llanura despierta alborozada:
con su semblante pálido y risueño
la vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
á aparecer comienzan; la cañada
suspira vagamente, el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río;
gime el follaje temblador, colora
la luz el monte, las campiñas dora,
y á lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor y crece
el concierto á la vez. Ya los rumores
y los rayos de luz hinchen el viento,
hacen temblar el éter, y parece

que en explosión de notas y colores
va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces, de los flancos de la sierra
bañada en luz, del robledal obscuro,
del espantoso acantilado muro
que el paso estrecho á la hondonada cierra;
de los profundos valles, de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura á los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos, de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla ó lo que canta,
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos.

Mugen los bueyes que á los pastos llevan
silbando los vaqueros, mansamente
y perezosos van, y los abrevan
en el remanso de la azul corriente.
Y mientras de las cabras el ganado
remonta, despuntando los gramales,

torpes en el andar, los recentales
se quejan blanda y amorosamente
con un tierno balido entrecortado.
Abajo, entre la malla de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el *papán* y se oye en el sembrado
cuchichiar á las tímidas perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sones
todo lo que voz tiene: la corteza
que hincha la savia ya, crepitaciones,
su rumor misterioso la maleza
y el *clarín de la selva* sus canciones.
Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento,
que los maizales apacible orea,
sopla del Septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
forman las campanitas de la aldea...
¡Es que también se alegra y alboroza
el viejo campanario! La mañana
con húmedas caricias lo remoza;
sostiene con amor la cruz cristiana
sobre su humilde cúpula; su velo,
para cubrirlo, tienden las neblinas,
como cendales que le presta el cielo
y, en torno de la cruz, las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas,
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas, los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas á plegar. Entre las frondas,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los saúces su lamento,
calla la voz de las cañadas hondas
y un vago y postrer hálito menea,
rozando apenas, las espigas blondas.

Entonces otros múltiples rumores
como un enjambre llegan á mi oído:
el chupamirto vibra entre las flores;
sobre el gélido estanque adormecido
zumba el escarabajo de colores,
en tanto la libélula, que rasa
la clara superficie de las ondas,
desflora los cristales tembladores
con sus alas finísimas de gasa.

El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que le sombrea,
corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña

y en el lago se hunde; la espadaña
se estremece á la orilla susurrando
y la garza morena se pasea,
al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta, la campánula morada
se desarraiga de la roca enhiesta;
pero en la honda selva estremecida
no deja aún de palpitar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
en el espacio rojo y encendido
se oye á los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido;
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña;
las ramas secas quiébranse al ligero
salto de las ardillas, su chasquido
á unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso *carpintero*
que está en el árbol taladrando el tronco;

y las ondas armónicas desgarra,
con desacorde són, el chirriante
metálico estridor de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris; zumba la mosca,
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su crótalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecado
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van y, al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crústula crujiendo.
—En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sones arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura,
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando, audaz, por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno, á toda orquesta,
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
mezcla su canto el viento, la hondonada

su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brota la fuente en escondida gruta
con plácido rumor y, acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques: mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul, y blanca, y ondulante, y leve
gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama,
el bosque ruge y el torrente brama
y, de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado,
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado;
y, al mirarle por tierra destruído,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen á la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra, en pos, peñascos y troncones
que con las ondas encrespadas luchan.

En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,
su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje . . .

VII

Augusta ya la noche se avecina,
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento aun estremece la colina
y las espigas del trigal inclina,
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra obscura,
revuelto el manantial, ya no murmura,
salta, garrulador, á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto

y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo.—Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
á preludiar en el solemne coro . . .
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;
el sonrosado idilio de la aurora,
de estrofas cremesinas que el sol dora,
la égloga de la verde pastoría,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría; . . .
todo ese inmenso y continuado arpegio,
estrofas de una lira soberana
y versos de un divino florilegio,
cual bandada de pájaros canora,
acude á guarecerse en la campana
de la rústica iglesia que, lejana,
se ve, sobre las lomas, descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el *Angelus* se eleva, condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo

sobre lago, colinas, valle y sierra;
y, al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva á la divina altura,
del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡SALVE, MARÍA!

XI

ANGELUS DOMINI

I

Rompe el alba el botón de la mañana
con sus dedos de niebla luminosa
y en el declive del alcor se posa
una nube de aérea porcelana.

Abajo se despierta la sabana,
el valle tiembla, yérguese la rosa,
canta el *madrugador* y rumorosa
ríe, cuchicheando, la fontana.

Desde el redil hasta la loma albean,
como el granizo, los corderos blancos
que entre riscos y zarzas juguetean.

Y, de la cima oriente por los flancos,
ríos de luz descienden y chorrean,
hasta petrificarse en los barrancos.

*

Estalla el seno de la nube y brota,
en explosión de nítida blancura,
un querubín, en cuya frente pura
el lucero gentil palpita y flota.

¡Astro de inmensa luz! Como una gota
del mar del éter, inmortal fulgura,
derramando torrentes de ventura
que funde el universo en una nota.

¡La nota del amor! . . . Los aires hiende,
por todos los espacios se dilata
y hasta el empíreo su clamor extiende.

El ángel tañe su clarín de plata
y el sol, que nace, á sus espaldas prende
una clámide regia de escarlata.

II

En la cimera del volcán descuella
un rojo airón que á intérvalos se esconde
so la flagrante horadación por donde
el pulmón de los cíclopes resuella.

Del sol canicular una centella
hiere á la ardiente boca que responde
la destrucción encaminando adonde
el monstruo imprime su abrasante huella.

De la montaña al pie duerme la costa,
baten las olas los cantiles rojos,
su nido el cuervo entre peñascos labra.

Y el fuego de los trópicos agosta
el llano en que despuntan los rastrojos
la res bermeja y la salvaje cabra.

*

El espacio es un mar de fuego y oro
y de sus ondas surge derrepente
arcángel poderoso, cuya frente
reverbera como ígneo meteoro.

Tiende las alas con fragor sonoro,
chispea su mirada refulgente
y á su voz, como trueno de torrente,
cantan todos los ángeles en coro.

¡Oh, salmo de las fuerzas, soberana
voz que el clamor universal encierra
y vibra por los ámbitos profundos,

como el gigante són de una campana
fundida en las entrañas de la tierra
ó forjada en el yunque de los mundos!

III

Sobre el tranquilo lago, occíduo el día,
flota impalpable y misteriosa bruma
y, á lo lejos, vaguísima se esfuma,
profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía
desfallece la luz. Tiembla la espuma
sobre las ondas de zafir, y ahúma
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava
la tarda yunta el surco postrimero.
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero
y, á media voz, la golondrina acaba
su gárrulo trinar, bajo el alero.

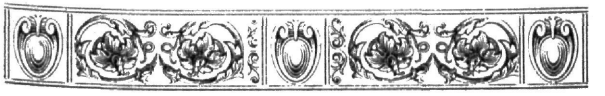
*

Ondulante y azul, trémulo y vago,
el ángel de la noche se avecina,
del crepúsculo envuelto en la neblina
y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago
los pliegues de su túnica divina
se extienden sobre el valle y la colina,
para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelos vierte.
Humedecen sus ojos de zafiro
auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro
y, al llegar á la altura, se convierte
en oración, y lágrima, y suspiro.



XII

FRONS IN MARE

En la muerte de la niña Amelia Aguayo

Cada vida mortal es una hoja
que el árbol guarda á Octubre amarillento;
cuando secas están se agita el viento
y al bramador torrente las arroja.

Mas ¿por qué de la tuya nos despoja,
si era fronda que el aire tremulento
acariciaba con divino acento,
bajo una alba de abril dorada y roja? . . .

Del huracán al golpe furibundo
cayó la verde hojita en la corriente
del manso río azul que, desde el mundo,

en sus ondas purísimas y bellas,
la llevó, cariñosa y blandamente,
hasta el sereno mar de las estrellas.

XIII

LA CANCIÓN DEL OTOÑO

I

Zumba ¡oh viento! zumba y ruge
dispersando la simiente;
que la crústula reviente
á la furia de tu empuje.

La hojarasca cruje, y cruje
el ramaje tristemente;
que tu garra prepotente
los retuerza y los estruje.

Resonando las serojas
se estremecen al chasquido
que crepita en las panojas,

y es canción en la espesura,
en las ruinas alarido
y en los nervios crispatura.

II

Bajo el oro fulgurante
del espacio, la llanada
se enrojece caldeada
por el sol reverberante;

y es la milpa, centellante
por la escarcha de la helada,
blonda virgen cobijada
con un velo de diamante.

Oro y grana las campiñas
que el divino cielo cubre,
son sembrados y son viñas;

y á los soplos otoñales,
los viñedos seca Octubre
y Noviembre los maizales.

III

Ancho río, cauce angosto,
ya no se oye vuestro acento;
hoy seguís en curso lento,
resecados por Agosto.

Pero el zumo del remosto
cuando corre, pasa el viento
preludiando tremulento
la anacreóntica del mosto . . .

Alza á ti la criatura
un acento soberano,
pues le ofrece tu ternura,

¡oh, invisible Pan divino!
tu substancia, que es el grano
y tu sangre, que es el vino.

XIV

CANTO NUPCIAL

A Ladislao Gòmez Palacio
y Lupe Diaz Couder

Un nuevo hogar es huerto florecido
de jazmines, y lirios, y azahares,
entre cuyas alburas estelares
se estremece el amor, como un latido.

Surge de cada flor, de cada nido,
un verso del Cantar de los Cantares
y pasan, del Hermón por los pinares,
suspirando los vientos un gemido.

De Galaad por los collados bajan
triscando las ovejas. En las viñas
de Engaddi el zumo los racimos cuajan;

mientras la esposa ve, desde el umbroso
retiro, que atraviesa las campiñas
y se acerca á sus puertas, el esposo.

¡Oh, esposa! virgen y radiante, mira:
el amor en sus ojos centellea
y el coro de los sueños le rodea
y á su oído solícito suspira.

A infundirte su alma sólo aspira.
Su cerebro, que es urna de la idea,
cual una forja ignífera chispea.
Canta su corazón, como una lira.

¡El coro de los sueños! Los amigos
del esposo, que en júbilo inundados,
de su dicha inmortal serán testigos . . .

Los recuerdos del niño, los anhelos
viriles que le ascienden, ya encarnados,
en su viaje contigo, hasta los cielos.

Y á ti, joven y fuerte, en los umbrales
del sagrado refugio, jubilosa
te espera amante la rendida esposa,
bajo los resplandores otoñales.

Tampoco sola está: las virginales
compañeras, de frente ruborosa,
tienden sobre ella su dosel de rosa,
al compás de los cánticos nupciales.

Son las ansias sin fin, las esperanzas,
las ilusiones del amor, venidas
de azules y profundas lontananzas.

Todas alzan un himno al varón fuerte
que ha de llevar dos almas y dos vidas,
á través de la vida y de la muerte.

XV

A TRAVES DE LA LLUVIA

Llueve. Del sol glorioso
los rayos fulgurantes
refléjanse en el agua,
cual sobre níveo tul.
Topacios encendidos
y diáfanos brillantes
destilan temblorosos,
rayando el cielo azul.

El oro de la tarde,
bañado por la lluvia,
inunda todo el éter,
espléndido y triunfal;
sacude sobre el campo

su cabellera rubia,
para empaparlo en gotas
de fúlgido cristal.

La aldea, allá á lo lejos,
detrás del sembradío,
del impalpable velo
que cúbrela, á través,
su blanca torre muestra,
su alegre caserío,
enamorada siempre,
del aire montañés.

Se escapan del ardiente
fogón de los jacales
penachos criniformes
de cándido algodón,
que luego desmenuzan
los vientos boreales,
prendiéndolos al pico
más alto del peñón.

Agita gravemente,
sobre la verde falda,
sus cien robustos brazos
el índico nopal,
que siente coronarse
sus pencas de esmeralda
por tunas cremesinas
de grana y de coral.

Para pintar las cumbres
el sol, divino artista,
aglomeró colores
de audaz entonación:
azul de lapislázuli,
violáceo de amatista
y rojo flameante
de ardiente bermellón.

La lluvia, que gotea
en perlas virginales,
enciende más los vivos
matices de la luz:
el sepia en los troncones,
el flavo en los jacales
y el glauco en la colgante
melena del saúz.

Son carne las canteras,
las lajas obsidiana,
es mármol y alabastro
la aguja del crestón
y son gigantes bloques
de tersa porcelana
los riscos de la sierra
que descuajó el turbión.

La tarde va cayendo,
y aun llueve. Ya reclina

el sol en la montaña
su coruscante sien;
con ópalos y perlas
esmalta la colina,
irisa los picachos
con ópalos también.

El iris, sobre el cielo
que el sol poniente dora
estalla en luminosa
polícroma explosión;
de rosa y amarillo
las cúspides colora
y canta en el espacio
la universal canción.

Tendido tras la sierra,
cruzado por las gotas
de la sonante lluvia
que cáe sin cesar,
es una lira etérea
de cristalinas notas
que se oye con los vientos
unísona vibrar.

Aun llueve.—El sol oculta
su agonizante disco,
dejando un horizonte
perlino y flor de lis.

Se van desvaneciendo
la cúpula, y el risco,
y el sauce, sobre un vago
y enorme fondo gris.

A los arroyos mansos
el agua pura y fresca
desciende borbollante
del limpio manantial;
se quiebra con las gotas
que, en danza hechiceresca,
palpitan, bullen, saltan
sobre el azul cristal.

Y en torno del pantano
que á poco se ennegrece,
bajo la red hojosa
que el saucedal tejió,
el fuego fatuo corre,
fulgura, palidece,
travieso duendecillo
que el fósforo engendró.

—¡Oh, lluvia alegre y buena!
tras tu fulgente velo,
ebria de luz y vida,
ve el alma aparecer
el aire alborozado,
y esplendoroso el cielo,

y el campo rebosante
de amor y de placer.

Y puede, tras tus gasas
flotantes y ligeras,
mirar, allá á lo lejos,
el labrador feliz,
cubiertas las campiñas
de blondas sementeras,
repletos los graneros
de trigo y de maíz.

¡Oh, lluvia, no decrezcas!
fecunda las simientes
que bajo el hondo surco
ya germinando están;
que son tus diminutos
aljófares lucientes,
para los campos, gloria;
para los pobres, pan.

XVI

NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS

A José Peón y Contreras

I

INVITACION AL POETA

Coge la lira de oro y abandona
el tabardo, descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga, ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
á esta región que asombra y que consuela;
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable á ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche. . .
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX

Media noche.—Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, á lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
semejan al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas. . .

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti: que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL HARPA

Hay, en medio del rústico boscaje,
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como á través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan, cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo! no hay cantores
que á tus himnos respondan, ni hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE

Bajo las frondas trémulas é inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas,
en mis troncos de crústula rugada,
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y, en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta las cúpulas del cielo.

V

EL RUISEÑOR

Oíd la campanita, cómo suena,
el toque del clarín, cómo arrebata,
las quejas en que el viento se desata
y del agua el rodar sobre el arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido á Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz, y, entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando Jesús agonizó en el huerto.

VI

EL RIO

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en jirones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las Náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde la soledad del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que se alzan y estremecen,
son el más grande asombrador portento:
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas en ígnea llamarada
fulguran sin cesar, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza...
los astros son materia... ¡casi nada!
¡y las humanas frentes son estrellas!

VIII

EL GRILLO

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días? . . .

Luces, flores, perfumes, harmonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión, en la llama postrimera,
el recuerdo, en el último rescoldo.

IX

LOS FUEGOS FATUOS

Bajo los melancólicos saúces
que sombrean el fétido pantano
y en la desolación del muerto llano
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,
terror del habitante rusticano:
misteriosos engendros de lo arcano
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro
sobre la infecta corrupción, ileso
fulguró nuestro sér, cual á un conjuro.

Que no existe lo estéril ni lo inerte
si Pan lo toca, y al brotar un beso
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

X

LOS MUERTOS

¡Piedad! ¡misericordia! . . . Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! por nosotros vuestra queja santa
levantad al señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía! . . .
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el claro día!

XI

LAS AVES NOCTURNAS

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavura
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir á los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra obscura
y con la garra ensangrentada y dura
á darles muerte y á asolar sus nidos!

¡A lanzar tan horrísonos acentos,
desde la cruz del viejo campanario,
que el valor más indómito se quiebre!

¡A remedar terríficos lamentos,
de dientes estridor, crujir de osario
y espasmódicos gritos de la fiebre! . . .

XII

INTERMEZZO

Vamos al aquelarre.—En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan á los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María,*
présagos de catástrofes y muertes...
Pienso que el cielo llora... ¿no lo adviertes?...
Venus es una lágrima muy fría.—

Tras nahuales y brujas el coyote
ulula clamoroso y aletea,
sobre negro peñón, el tecolote.

La lechuza silbando horrorizante
se junta á la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial* * llega triunfante!

* Nombre con que generalmente es designado el Demonio por la gente del campo.

XIII

LAS BRUJAS

—Todas las noches me convierto en cabra
para servir á mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo
para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro,
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo á los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIV

LOS NAHUALES

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre á ti llega
de los hombres la voz que te provoca.

¡Por donde quiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también.—Ya en ronda ciega
el coro de las brujas se despliega
de ti en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediendo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo....

¡Oh, representación de los mortales!
mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XV

EL GALLO

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
á su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin á su croar la rana,
y yo, con alegrísimo sonido,
entonaré la jubilosa diana.

XVI

LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz á la primera
luz auroral? «La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera.»

Y de la tarde en la hora postrimera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar....» Y siempre te convida
mi acento á la oración en donde quiera.

Convoco á la plegaria á los vivientes,
plaño á los muertos con el triste y hondo
són de sollozo en que mi duelo explayo.

Y, al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVII

LA MONTAÑA

El encinar solloza. La hondonada
que raja el monte, es una boca ingente
por donde grita el bramador torrente
de furiosa melena desgreñada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
roca, como una cuerda, intensamente,
que en sus moles quedó perpetuamente
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
las voces, ¡oh, poeta! Clama el oro:
¡Vive y goza, mortal! El hierro: *¡Lucha!*

Mas oye, ál par, sobre la altura inmensa,
cantar en almo y perdurable coro
á las agudas cumbres: *¡Ora y piensa!*

XVIII

UN TIRO

Duda mortal del alma se apodera,
al oír en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin á la existencia humana,
ó el golpe salvador que, en lucha insana,
asesta el montañés sobre la fiera?...

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar al alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar ó defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XIX

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma á la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: Despierta:
huyeron ya las sombras enemigas.
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto á tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y, si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

XX

LA SEMENTERA

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
á tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y, cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XXI

LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va á empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo vagamente se colora
de virginal blancura inmaculada
y hace en el firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslie,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo
y todo juguetea, y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XXII

ADIOS AL POETA

¡Santa Naturaleza, madre mía!
me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso....
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea,

tú al teatro, á la clínica, al Senado;
yo á vegetar tranquilo y olvidado
en el rincón obscuro de mi aldea.

XVII

IN TERRA PAX. . .

A la memoria de Marcos Vives

Yo, como el gran poeta, ante el despojo
del hombre de virtud sencillo y fuerte,
no estéril grito de piedad arrojo;

ni á los hados maldigo, ni á la suerte,
sino que siento en mí brotar un canto
de glorificación para la muerte.

¡Oh, noble amigo!, para ti no el llanto
correrá de mis ojos, aunque siento
transido el corazón por el quebranto.

Vuela rumbo hacia atrás mi pensamiento,
á la región que, generosa y buena,
fué de tu vida y tu labor asiento.

Aun me parece verte, el alma llena
de reposo viril, franco el semblante,
bajo la ardiente atmósfera serena;

allí, de pie, con la mirada errante
por el ancho horizonte que limita
de tu heredad el término distante,

y sin otra ambición que la infinita
ansia del bien para los hombres, pasa
tu vida humilde que al trabajo invita.

—Hacer el bien sin término y sin tasa
y hallar por premio la quietud que ofrecen
la arada tierra y la modesta casa,

son ideales que jamás perecen
cual los fantasmas de mentida gloria
que, al irlos á tocar, se desvanecen;

que es preferible á fatigar la historia
cumplir con el deber, vivir honrado
y reputar la muerte por victoria.—

Tu justo anhelo se miró colmado:
comiste el pan, alegre y satisfecho,
con sudor de tu rostro fecundado,

y se ensanchaba tu robusto pecho
con sencilla fruición ante la tierra,
ya en blonda mies, ya en árido barbecho.

Ella, la madre que en la dura guerra
con el dolor, nos nutre, nos abriga
y en su seno amoroso nos encierra,

fué para ti consoladora amiga,
fué más aún: idolatrada amante
que los halagos de su amor prodiga . . .

¡Cuál fijabas los ojos anhelante
en el pomposo y verde sembradío,
gala de tu comarca exuberante!

¡Cómo, al perderte en el maizal sombrío,
tu frente, ardida por el sol, bañaba
con sus trémulas gotas el rocío!

Y al recorrer la inaccesible y brava
fragosa sierra, de la cumbre al tajo,
¡cómo tu corazón se dilataba!

¡Oh, qué júbilo el tuyo cuando trajo
el siglo hasta tus fértiles regiones
la abundancia y la paz con el trabajo!

Crecieron los hogares, en montones
se alzó el rubio maíz, y donde quiera
Ceres vertió la lluvia de sus dones.

Tú apercibías la dorada era
al suelo noble, enérgico y valiente
donde el sol te alumbró por vez primera,

y en la serenidad resplandeciente
de aquellas noches rústicas, hundías
en el azul tus ojos y tu mente.

¡Qué ingénuas cuanto breves alegrías
las que llenaron con su esencia pura
algunos ¡ay! de tus fugaces días!

Mas por labrar de extraños la ventura
desdeñaste tus dichas, . . . y las viste
de las eras huir con la verdura,

y en ajenos hogares depusiste
tu ya roto bordón de peregrino
que se recuesta fatigado y triste.

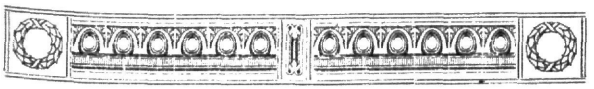
Si alguna vez en medio del camino
llegaste á desmayar, pobre viajero,
por desfallecimiento repentino,

al punto, fijo en el deber austero,
á proseguir volviste la jornada
con alma fuerte y corazón entero.

Así llamaste á la postrer morada,
el reposo buscando en el regazo
de la tierra feraz, por ti labrada.

Ceñido en tierno y amoroso abrazo,
á su seno prolífico te estrecha
y te aprisiona con eterno lazo.

Allí te guarda la última cosecha
de sus fecundas y modestas palmas;
que los que honrados mueren en la brecha,
más honrados perduran en las almas.



XVIII

POEMA DE VIDA

CANTO PRIMERO

IDILIO

I

Es la suprema floración del año.
Ya la niebla no oculta los bohíos
y los nidos del bosque, ayer vacíos,
están llenos de pájaros ogaño.

Los vernales deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,

donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
desbaratóse el gélido turbante
que el invierno formó con sus neblinas

y, sobre el cielo azul, cuando atardece,
la sarta de las grullas desparece
y flotan las primeras golondrinas.

II

Estremécese el aura tremulenta
y la tierra, á los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor á más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y, empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

III

En los collados y en la selva inculta
del maternal amor se muestra el celo:
oye el ave el reclamo, deja el cielo
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta
se siente el ensayar del primer vuelo,
y en el pico de rosa del polluelo
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja
la cría por las quiebras del camino
y, al blando són de la amorosa queja,

tiembla, cual amapola sobre el lino,
la roja lengüecilla de la oveja
del cordero en el blanco vellocino.

CANTO SEGUNDO

EPITALAMIO

I

Resplandece la bóveda infinita
con el fuego abrasante del verano
y, en la inmensa extensión, el soberano
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,
todo lo enciende: al hongo en el pantano,
al ave y al cuadrúpedo en el llano
y en el huerto á la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes
el apio y la silvestre madreselva
y el laurel odorífero retoña.

Y, al balar de los hatos trashumantes,
en lo más escondido de la selva
tañe Pan su dulcísima zampoña.

II

Son las bodas campestres de las flores.
Al beso del amor, antes latente,
estremece sus ondas el ambiente,
irguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores
en el polen de oro refulgente
y al par le lleva en su regazo ardiente
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh, céfiro! ¡oh, abeja! ¡oh, mariposa!
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera
vuestra llegada la naciente rosa!

Posad sobre su cáliz que el deseo
desflora, mientras canta Primavera
los eróticos cantos de Himeneo.

III

Todo, al soplar las brisas tropicales,
mueve la sangre y todo á amar provoca.
Naturaleza entera es una boca
donde palpitan besos inmortales.

Requiébranse en la rama los turpiales.
lanzando su canción alegre y loca
y, en la cortante arista de la roca,
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
es el aire, del tigre la espelunca,
del triscador ganado las colinas. . .

Nada tu fuerza poderosa trunca,
pues, renaciendo tú de las ruinas,
¡oh, fecundante Amor, no mueres nunca!

CANTO TERCERO

ELEGIA

I

En la intrincada senda, y en el rojo
peñón, y en la monótona llanura,
no queda ya ni un resto de verdura,
ni una brizna de hierba, ni un abrojo.

Tan sólo cuelga su último despojo
la seca hiedra, de la tapia obscura,
bajo la cual el Abrego murmura
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría
y una desolación abrumadora
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora
del declinar tristísimo del día,
la parda grulla en el erial crotora.

II

¡Qué tristeza tan honda en el paisaje!
Del Norte frío al destructor aliento
suspendióse en el campo el movimiento
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,
no se escucha un murmurio ni un acento
y apenas, junto al lago tremulento,
se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones do Aquilón desata
su furia y con fragor se precipita,
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

mientras inmensamente se dilata
desesperante, trágica, infinita,
la sepulcral blancura de la nieve.

III

Si tan helada soledad impera
en el mar, en la tierra y en el cielo,
si ya no corre el límpido arroyuelo
ni se mece el rosal en la pradera,

¡ah! no pensemos que la vida muera:
amortajada con su blanco velo,
bajo la opaca crústula del hielo
una inmortal resurrección espera.

Mas ¿quién puede escuchar las misteriosas
voces que eleva en místico murmullo
el más oculto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,
la crisálida envuelta en su capullo,
la célula y el grano. . . ¡todos duermen!

XIX

PSALMO DEL FUEGO

Noche muy negra. Un paso: la cañada
defendida por ásperos pretiles.
Abajo, la planada;
arriba, envuelto entre la sombra helada,
el enorme talud de los cantiles.
Ni follaje, ni abrigo que proteja
al viajero perdido en la negrura;
que hace cientos de años, tal vez miles,
bajaron, irruyendo la llanura,
los árboles cerriles.

Ni un hueco entre las rocas que no yerme
el frío boreal, y hay un reposo
en las cosas, tan lóbrego y medroso,
que hasta el silencio duerme.

Y á medida que avanza
la noche y crece el frío,
más se hunde la mirada en el vacío
de una entenebrecida lontananza.

Nunca, como ateridos y agobiados,
en la noche cerrada inmensamente,
sin un solo eco que á la voz responda
y en medio de los páramos, se siente
desolación tan honda.
A través de la rígida maleza
se encoge el corazón, se hunde la frente
y se ahoga el espíritu doliente,
náufrago entre la noche y la tristeza.

Mas, cuando ya cansado
continúa el viajero
remontando el sendero
tan dolorosamente prolongado,
ciego, desesperado,
por la montaña dura
y sólo abandonándose al instinto
de la cabalgadura;
cuando la carne punzan y desgarran
cactus y espinos por la escarcha tiesos
y la helada brutal sus estiletes
sibilante y sutil hinca en los huesos;
si entonces aparece de improviso
allá, sobre la negra cordillera,
el rojo pincelazo de una hoguera,

cuya luz junta, como ardiente broche,
el velo del abismo al de la noche, . . .
¡oh, qué explosión de calma
tan misericordiosa!
¡Cómo el anhelo en esa luz reposa
y qué inmensa alegría para el alma!

El camino aun es largo
y la luz aun incierta resplandece,
pero se ensancha el ánimo y parece
que la sombra sacude su letargo.
La distancia decrece,
y aunque la cuesta bronca y empinada
está resbaladiza por la helada,
el recio casco en el peñón se aferra;
cuando surge la roja llamarada
en un brusco repliegue de la sierra.

Ya en la cuenca del monte
por la piadosa hoguera calentada,
se columbra el albergue rocalloso
donde ha encontrado el montañés reposo,
como si fuese el amo de la tierra.
Se destacan al pie de los cantiles,
do crepitan, ardiendo, los tizones,
de piedras y troncones
los trémulos perfiles,
y en las venas se siente
la sangre circular á borbotones,
aceleradamente.

Un paso más. La inmensa lontananza
tuvo límite al fin, ¡y Dios es bueno!
Ha entrado ya el espíritu en el pleno
triunfo de la esperanza.

El fatigado espíritu se alivia
y un sopor de los miembros se apodera.
¡Qué caricia tan tibia
la de esa alegre y coruscante hoguera!
¿Qué descanso, qué sueño
más dulce y regalado
que el de ese montañés que duerme al lado,
la cabeza rendida sobre un leño
y el pabellón del cielo por techado? . . . .
En él y cerca de él, ¡oh, caminante!
sin que ahora sospeche tu compaña,
tienes, para tus penas, un amigo,
en ese fuego salvador abrigo
y un inmenso palacio: la montaña.
A descansar. ¡Qué blando
es el lecho de tierra endurecida;
qué abandono tan grato de la vida,
qué desprecio del *no durable mando!*

Calma. Silencio. En derredor, penumbra.
Fuera del cerco que la llama alumbra
y que el calor defiende,
el frío, un frío cortador que hiende
la corteza durísima del roble
reseco ya, pero en la cumbre inmoble.

Y en tanto que se extiende
por la callada bóveda del cielo
adamantino velo,
y vibra sobre aquellas
soledades que inunda
azul, azul diafanidad profunda,
el divino temblor de las estrellas,
parece que del fondo
de todas las tinieblas y las simas
se eleva hasta las cumbres misteriosas,
donde llamea ignipotentemente
la eterna zarza ardiente,
el gran clamor del alma de las cosas.

. . . . . .

Pasa la noche. Ya la madrugada
fortalecido encuentra al caminante
que á emprender se apercibe la jornada
por llanuras y montes, siempre errante.
Mas al dejar el cálido rescoldo,
el sol, glorioso y santo,
desde su augusta excelsitud le envuelve
en su llama inmortal, como en un manto;
y desde el más profundo
abismo del dolor y la congoja,
el hombre se sublima, á Dios alaba
y exúltase en un canto, como arroja
su onda el torrente ó el volcán su lava:

«Señor, divino Fuego,
tú eres misericordia, yo soy ruego.

«De inextinguible luz eterno faro,
yo soy desolación, tú eres amparo.

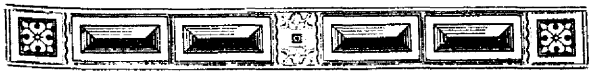
«Porque en la sombra del misterio brillas,
la creación te canta de rodillas.

«Porque á la urente llama
diste poder de confortar al hombre,
mi corazón te ama
y beso hasta las letras de tu nombre.

«Porque en la soledad prestas abrigo,
y calor, y consuelo, te bendigo;
y porque hiciste el sol de fuego y oro,
¡oh, Señor! yo te adoro.

«Yo te adoro, Señor. Débil y triste
soy, pero no si tu poder me asiste.

«Para luchar con épico ardimiento,
hay que fortalecer en tu alabanza
lo mismo el corazón que el pensamiento.
¡No se llega á las cimas sin aliento
ni á ti sin esperanza!»



XX

PROCUL NEGOTIIS

MATINAL

Quiero, bajo una bóveda de frondas,
tras muro grácil de temblosa hierba,
hundir los miembros, que el calor enerva,
en el fresco zafiro de las ondas;

columbrar desde allí las parvas blondas
que el bruno y fuerte labrador acerva
y escuchar á la alígera caterva
que trina oculta en las cañadas hondas;

y luego reposar, sin un quebranto
que en el enfermo corazón se hospede,
bajo el haya de Títiro florida;

y alzar á Dios, como oración, un canto,
si tan sólo este goce me concede
por las muchas tristezas de mi vida.

VESPERTINO

Llena el agua los surcos del sembrado
y, mientras se fecunda la simiente,
rebosando de trigo, lentamente
las carretas rechinan en el prado.

Por el chorro impetuoso golpeado,
zumba y zumba el rodezno roncamente
y, al girar de las muelas estridente,
truena el nutrido grano triturado.

Tras el pardo bardal de la alquería
á bocanadas la tahona humea,
manchando la quietud del muerto día.

Brilla la llama en el hogar, testigo
de santos goces, y la pobre aldea
su pan ofrece y su seguro abrigo.

NOCTURNO

Junto al rojo fogón de la cocina,
bajo el techo de paja del bohío,
ni lluvia torrencial, ni viento frío
temo, cuando la noche se avecina.

Después, el sueño mi cerviz inclina,
me arrulla el manso murmurar del río
y encuentro en el reposo calma y brío,
«al lado de mi vieja carabina». . .

Cuando en el mar del cielo ya no bogue
la luna y en el golfo del ocaso
el grupo de las Pléyades se ahogue;

cuando entonen los pájaros la diana,
del pobre hogar saldré con firme paso,
á bañarme en la luz de la mañana.

XXI

PASTORAL

I

Allá, sobre escarpada serranía,
enhiesto y colosal se empina un risco:
á su pie, retorciéndose bravía,
baja, por entre el roble y el lentisco,
una senda hasta humilde pastoría,
donde hay una cabaña y un aprisco.
Es solo habitador de aquel albergue,
un pobre rabadán: mas nunca el día
lo encontró bajo el rústico techado,
pues apenas ha el alba despuntado,
sus perlas derramando en cielo y tierra.

ya la figura del pastor se yergue
sobre el excelso pico de la sierra.
Como un dios se le mira desde el valle
en la roca granítica tallado,
majestuoso y altivo, acariciado
del trémulo pinar por el ventalle.
Y cuando el sol, al asomar, colora
de rosicler aristas y perfiles
y chorrea en los húmedos cantiles
el diluvio de rosas de la aurora,
las cabras y corderos triscadores
empiezan á saltar por los alcores,
que empenachan el mirto y la retama
y el heno alfombra y la menuda grama.
Se les ve, desde el fondo del paisaje,
sobre el musgoso peñascal salvaje
brillar al sol, blanquísimos y tersos,
como nevados ópalos, dispersos
entre las esmeraldas del frondaje.

II

Sumérgese el pastor, vagando libre,
ya en las resplandecencias de la cima
ó ya en las lobregueces del barranco,
sin que una sola víscera le vibre,
ni al resbalar por la espantosa sima,
ni al descender por el cortante flanco.
Es el rey y señor de la comarca

solamente habitada por las fieras
y las reses salvajes. Sus dominios,
do jamás hubo guerras ni exterminios,
del ingente peñón, erguido encima,
con sólo un golpe de su vista abarca.
Vertientes quebradísimas, laderas
en que se junta y amalgama el verde
con el violeta azul, y al fin se pierde,
al esfumarse en las lejanas eras;
dorsos de piedra rígidos que enarca
la montaña en tremendas convulsiones,
al sentir el furor de los turbiones;
parapetos de roca amenazando
aplastar los ramajes y los troncos;
guijas que arrancan de su lecho blando
los torrentes horrísonos y roncos
que al valle ruedan con fragor bramando;
cavernas pavorosas, hondonadas
en donde se detienen las miradas
fijas, con estupor horrorizante,
del tenebroso piélago delante;
cumbres que irisa eternamente el hielo
y besan las purpúreas alboradas,
y agujas de granito, donde el vuelo
las águilas abaten fatigadas,
al terminar su viaje por el cielo . . .

III

Abajo, la llanura, las vecinas
selvas; muy lejos, la ignorada aldea,
en el centro de un valle que rodea
el verde cinturón de las colinas;
cerca, los frescos y olorosos prados
en las estribaciones blandamente
de la agreste montaña recostados;
arriba, un océano: el oleaje
de las cimas riscosas y onduladas
que corren descendiendo gradualmente,
ya dóciles y tersas, ya encrespadas,
como olas en un mar que derrepente
cuajara el Septentrión; y en el encaje
de las tajadas peñas, el roquero
risco, cual torreón del homenaje
de un castillo fantástico y severo;
y en el último término, al escaso
resplandor de la tarde, las llanadas
silenciosas y tristes, y empapadas
enlas cárdenas tintas del ocaso . . .
Tal es el reino del pastor.

IV

Impera.
majestad absoluta y verdadera,
sobre aquella región, casi perdida
y extraña de los hombres á la vida;
pero donde otra vida omnipotente
del seno augusto de la tierra brota,
como alma inmensa por el aire flota,
y do la madre universal se siente
rayo en el éter y en las auras nota.
Bajo aquel dilatado firmamento,
nada el poder vivificante turba,
ni suspende el eterno movimiento.
Desde el hondo nivel de la planicie,
igual y recta, hasta la excelsa curva
trazada en la cerúlea superficie,
todo es fuerza y calor, todo es aliento.
La tierra ardiente se desborda en olas
de resonantes hierbas y corolas
y, cuando empieza á modular el viento
los himnos de su agreste sinfonía,
circula de la sierra por la espalda
un divino temblor. La selva umbría
que festonea la sinuosa falda,
esponja muellemente su ropaje
de pomposo y verdísimo follaje,
como una ala de trémula esmeralda;

y, so las frondas vírgenes, el grano
y la yema y el óvulo que duermen,
se despiertan al soplo soberano
¡y todo vibra en la explosión del germen!
Nada yace en la calma y el reposo:
donde un átomo alienta hay un sonido,
un estremecimiento portentoso,
ya brisa, ya huracán, ¡siempre latido!
Al rodar, de las cumbres desprendido,
sobre los campos en fecundo riego,
el torrente, semejase á un coloso
que se despeña desatado y ciego;
y, mientras el espacio enrojecido
arde como una bóveda de fuego,
y reverbera el sol en las opacas
moles de piedra, por el bosque añoso
aun se siente pasar el poderoso
aliento de las ondas genesiacas.

V

Entonces, bajo el oro que el verano
difunde, como polen infinito,
á cuya influencia se madura el grano,
amarillea el césped en el llano
y el musgo se reseca en el granito,
el pastor, con el alma estremecida,
responde, una por una, á las potentes
y raudas pulsaciones de la vida;

el sol canicular su sangre abrasa
que, por las anchas venas, á torrentes
con ritmo libre y vigoroso pasa;
y del espacio en la candente lumbre
clavando la mirada, y en los rojos
paisajes, por las siestas abrasados,
que surgen á lo lejos, tras la cumbre
de la montaña azul —inmensos prados
de secos yerbazales y rastrojos,—
siente cual un sacudimiento enorme
penetrar en su alma la grandeza
de aquella tropical naturaleza
y la salvaje majestad. Informe
va esfumándose el cuadro ante sus ojos
y, levantando entonces la cabeza,
para explorar los vastos panoramas
del monte y la profunda lejanía,
trepa de un viejo tronco por las ramas,
y en la ardiente explosión del medio día
lo cubre el sol con su dosel de llamas.

VI

Todo parece reposar en torno
al estival influjo del bochorno:
desde la base y áspera pendiente,
hasta la cumbre, donde apenas pudo
llegar la planta humana. En indolente
actitud yace el bruto. Desmayado

el sonoro follaje cuelga mudo,
cual harpa abandonada, y en el prado
se tiende á sestear, blanco y lanudo,
bajo la sombra, el triscador ganado.
Sólo en las hondonadas más abruptas,
donde las fuentes gárrulas borbollan
y, dulcemente susurrando, arrollan
blandos líquenes y ovas incorruptas,
el recio leñador, casi desnudo,
hiende los troncos jadeando. El eco
á los golpes retumba, ya apagado
por la distancia, ya vibrante y hueco.
Y parece temblar la cordillera
y estremecerse el soto y la campaña,
como si á cada hachazo se sintiera
latir el corazón de la montaña.

VII

En las tardes azules, cuando otoña,
el pastor se recuesta sobre el césped
en lo más alto de la sierra, donde,
tañendo su tristísima zampoña,
oye que la torcaz, eterno huésped
del robledal, á su canción responde.
Y en las de invierno, diáfanas y frías,
cuando el rayo postrero resplandece,
ante las azuladas lejanías
abismado y absorto permanece.

Allá, cual vaga niebla, la profunda
masa de otras extensas serranías
ven sus ojos de águila. Más lejos,
semejando un celaje que se inunda
del crepúsculo gris en los reflejos,
una línea sutil, visible apenas:
¡la ancha faja del mar! Hacia otro lado,
de un valle en el confín, las rancherías
dispersas entre páramo y sembrado,
frescos lagos y tórridas arenas;
y en el extremo, aun por el sol bañado,
donde van á morir las dos cadenas
de montañas, confuso y esfumado,
cual un manchón opaco y ceniciento,
ve el triste solitario de los montes
—á mirar lo infinito acostumbrado
y á espaciarse en los vastos horizontes,—
el ruin y misérable hacinamiento
que forma la ciudad: ¡tapias y muros,
y palacios, y templos, y obeliscos,
que anonada, en los términos obscuros,
la triunfante grandeza de los riscos!
Y divisa el pastor, con la mirada
que hiende, poderosa, los espacios,
las torres muy pequeñas, los palacios
aun más pequeños....¿y los hombres?....¡Nada!
Y, buscando á sus ansias más anchura,
alza los ojos.—Ya del sol fulgura
solo un rayo glorioso, en el instante
que se hunde en Ocaso agonizante.

Lo azul, lo inmensamente azul, se pierde
en la infinita lontananza verde:
tiembla la luz, se funden los colores
en la comba del éter; un resíduo
de la lumbre del sol con resplandores
flavos enciende el horizonte occíduo.
Y de pie, sobre el risco que es su trono,
ve el soberano, en místico abandono,
en sus dominios acabarse el día
y la noche empezar, vaga y sombría.
¡Hora augusta y sagrada!—El sol esparce
su oro ya muerto en los flotantes velos
que á ras del cerco horizontal condensa,
para encajar en él, como un engarce,
la divina turquesa de los cielos
y de los campos la esmeralda inmensa.

VIII

Deja, entonces, su trono de granito
y baja por la senda silencioso
y en honda paz. La noche y lo infinito
le hablan en derredor; mas no al reposo
lo invitan, que su alma aun se halla abierta
á ese clamor profundo y misterioso
de las cosas brotado, como un grito
del Universo; grito prepotente
que á una vida sublime nos despierta
y pone al corazón de Dios enfrente.

Para aquel olvidado sin amores,
á quien sólo natura de sus flores,
la noche es una madre: inmensamente
lo acaricia y acógelo en su seno,
siempre de sombra y de ternura lleno.
Sopla el aura á su oído mansamente,
suspirando canciones y querellas
y, cuando para orar alza la frente,
clavan en su pupila transparente
sus dardos de diamante las estrellas;
y lo inunda en su etérea catarata,
las noches diafanísimas de Junio,
el tenue polvo azul, azul y plata,
en que envuelve á la tierra el plenilunio:
ó bien, cuando en los montes se desata,
desde el alto crestón hasta el ribazo,
el viento bramador y enfurecido,
la noche para él tiene un latido
y un arrullo de amor, en su regazo.
¡Noches de santo horror é indefinible
misterio: ya reinéis claras ú obscuras,
mira el alma en vosotras lo invisible,
para sentir después, hondo y terrible,
el vértigo de Dios, en las alturas!

IX

Hay, en las soledades estrelladas
de aquellas noches, una inmensa y triste
serenidad. Cuando la luna llena
baña la sierra en ondas plateadas,
el pico enhiesto de esplendor se viste
y se incrusta en la atmósfera serena.
Como un diluvio la blancura llueve
y queda el aire convertido en ampo,
el agua en perlas y anegado el campo
en luminosos átomos de nieve.
Entonces, más que nunca, desbordadas
las recónditas ansias que en el pecho
se agitan del pastor, siempre tranquilo
y humilde, pero nunca satisfecho,
al exterior asoman, condensadas
en profundas y límpidas miradas,
que se remontan hasta el almo asilo
de los mundos sin fin. Mientras reposa
el cuerpo laxo sobre duro lecho,
en la divina cúpula radiosa
—dejando lo finito de la tierra
y libre de misérrimos pesares—
el levantado espíritu se encierra.
Sólo el cielo en las noches estelares,
cuando brillan los astros á millares
y á millares se agrupan, ocultando
el ancho velo de zafiro; cuando

forman islas sin playas en los mares
eternos del espacio, . . . ¡sólo el cielo,
que es reposo inmortal de todo anhelo,
con sus fulgores y tristezas calma
el anhelo ardentísimo de una alma
plena de inmensidad! . . .

X

La noche cáe
y reinan las tinieblas pavorosas.
Hay vértigo en el alma de las cosas,
porque el horror, como el abismo, atráe.
Mas el pastor descansa. Ningún peso
viene á oprimir su corazón de justo;
ningún vestigio en su semblante impreso
ha dejado el dolor. Silencio augusto
impera en torno de él y, mientras duerme,
su perro en vela está, y el mal, inerme.
Repose en calma. La diurnal tarea
ya pronto volverá, pues tras el monte
una indecisa claridad blanquea . . .
Ya en las cumbres destácase el granito.
Ya se bañan de azul el horizonte
y el alma. . . .
¡Oh, infinito! ¡Oh, infinito!

XXII

FRONDAS Y GLEBAS

A Clearco Meonio

I

ORILLAS DEL PAPALOÁPAM

Adivino los fértiles parajes
que baña el río, y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzado en trémulos encajes;

la basílica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en túmidos é hirvientes oleajes.

Cerca de allí, cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el oceano,
reposo tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fué de Pan, en tu sagrada mano.

II

UNA ESTEPA DEL NAZAS

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente
y, al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

XXIII

LAS MONTAÑAS ÉPICAS

A MIS AMIGOS DE MONTERREY

. . . sur ces sommets clairs où le silence vibre,
Dans l'air inviolable, immense et pur, jeté,
Je crois entendre encor le cri d'un homme libre!

HEREDIA.

I

Cuando clarea ó ya cuando atardece,
se destacan informes á lo lejos
cual una sombra azul, que á los reflejos
del crepúsculo gris se desvanece.

Mas su contorno gigantesco crece,
festonado por árboles añejos
que se erizan cual ásperos cadejos,
cuando el día triunfante resplandece.

Y en la noche, los áridos peñones,
las vértebras enormes del coloso,
sus empinados riscos y crestones,

semejan, en bosquejo tremebundo,
el esqueleto rígido y monstruoso
de un muerto sol, pesando sobre el mundo.

II

Contempladas de cerca, repentino
asombro se apodera de la mente
y en los nervios y músculos se siente
circular el pavor de lo divino.

Ni el blando helecho ni el robusto encino
predominan en la áspera vertiente,
ni fulgura en las cumbres castamente
la blanca nieve del paisaje andino.

Sus arrugas de piedra, sus picachos
donde el hierro incrustóse en rojas vetas
y plantó el jaramago sus penachos,

aparecen cual hachas formidables,
titánicos puñales y saetas,
lanzas ingentes y ciclópeos sables.

III

¿Por qué muestra tan épica figura
esa enorme cadena de montañas? . . .
Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura.

Bajo su prodigiosa arquitectura
se guarecen palacios y cabañas,
fructifican los trigos y las cañas
y el abundoso manantial murmura.

Y allá, sobre las cumbres de granito,
las águilas indianas siempre alertas,
bajo el dosel azul del infinito,

guardando están de nuestro honor las puertas,
al ultraje cerradas y al delito,
á la esperanza y al amor abiertas.*

* Con el nombre de *Montañas épicas* designa el autor las formadas por una gran cordillera, grueso ramal de la Sierra Madre, avanzadas hacia el Norte de la República.

XXIV

ROSA MYSTICA! . . .

Rosa de las praderas y los jardines
que pueblan todo el campo del Universo,
donde cantan en coro los querubines
el del celeste Nuncio divino verso;
Rosa mística y santa, la que descuellas
en medio de los soles y las estrellas,
que son claveles rojos, albos jazmines,
lirios apasionados y rosas bellas,
¡oh, Rosa inmaculada del Paraíso!
¿cómo cantar tus gracias sin que ilumines
del alma las tinieblas, cuando es preciso
tengan, para nombrarte tan solamente,
corazones y lenguas el fuego ardiente
en que están abrasados los serafines? . . .

De tu belleza, sólo la soberana
luz del FIAT el alto misterio encierra.
Para pintar con tintes de nieve y grana
tus pétalos divinos, fué la mañana
que amaneció primero sobre la tierra;
y no tiembla sobre ellos otro rocío
que esas gotas que brillan allá muy lejos:
luceros titilantes en el vacío
de los que no miramos ni aun los reflejos.
Te inunda en claridades y resplandores,
encendiendo tu cáliz con sus fulgores,
el oro de más nítido reverbero
que estallara en el éter, cuando primero
rodó el sol, aventado por el ingente
poder que es infinito y omnipotente.
Jehová, que de ti forma templo y sagrario,
para la sed del alma, que no se sacia,
la fuente inagotable de tu nectario
llenó con la divina miel de la gracia;
y besa tu corola, como un aliento,
del Espíritu el soplo que el primer día
inmenso y poderoso se estremecía
sobre todas las aguas del firmamento.
¡Casta y mística Rosa! de tu corola
que circundan los cielos con su aureola,
brotó el inmaculado cárdeno lirio
que, en la explosión divina de su martirio,
sus pétalos extiende, ya moribundo,
para cubrir con ellos la faz del mundo.
Y cumpliendo el designio del justiciero

Padre y el más inmenso de tus deberes,
tus tallos entrelazas á aquel madero
do, inmolada la hostia, que es el Cordero,
adolorida Rosa de pasión eres.

Es tu cáliz, sagrado de bendiciones,
incensario glorioso donde se queman
para exhalar perfumes los corazones,
que si en él no se funden, lloran y treman
sin que lleguen al cielo sus oraciones.

De este páramo obscuro donde naciste
para ser redentora del hombre, fuiste
trasplantada á los campos del Paraíso,
porque con tu inocente casta belleza
el Dios de las justicias aplacar quiso
la majestad tremenda de su grandeza;
pues, sólo á sus miradas, en los profundos
abismos del espacio tiemblan los mundos;
los ángeles se humillan ante sus huellas,
tremen las potestades, los tronos hunden
sus frentes en el polvo de las estrellas,
y abren todos las alas, porque tras ellas
se ocultan espantados, y se confunden.
Pero ante los destellos de tu hermosura
y al sentir el perfume de tus rosados
pétalos, de alegría radiosa y pura
se llenan, y palpitan alborozados;
y en todos los confines del Universo
entonan con seráfica melodía

el del celeste Nuncio divino verso
que repiten los mundos: *Ave María!*...

Trono donde reposa la Omnipotencia
y descansa la Eterna Sabiduría,
Rosa de incorruptible divina esencia,
consuelo de los tristes y madre mía,
sé vida, luz y amparo de mi existencia,
¡Santa, Santa tres veces, Santa María!

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Al lector	I
Invocación	13
I.—Surgite!	15
II.—Sonetos paganos	19
III.—Voz interna	23
IV.—Crepúsculos	25
V.—Paisajes	29
VI.—Lobreguez	33
VII.—Ocaso	37
VIII.—Nostálgica	39
IX.—A Clearco Meonio	43
X.—Himno de los bosques	47
XI.—Angelus Domini	59
XII.—Frons in mare	65
XIII.—La canción del Otoño	67
XIV.—Canto nupcial	71
XV.—A través de la lluvia	75
XVI.—Noche rústica de Walpurgis	81
XVII.—In terra pax	103
XVIII.—Poema de vida	109
XIX.—Psalmo del fuego	119
XX.—Procul negotiis	125
XXI.—Pastoral	129
XXII.—Frondas y glebas	143
XXIII.—Las montañas épicas	145
XXIV.—Rosa Mystica!	149